

Un puñado de pistas para entrar a *Tiempo irremediable*

Dice una lectora: *Estudí en un liceo municipal y de provincia. Durante toda mi enseñanza media tuve que leer dos libros y dos cuentos. Cuando estaba en cuarto, influenciada por mi hermana que comenzaba a estudiar Licenciatura en lengua y literatura, le pedí a mi profesor de lenguaje que nos diera a leer algo. Me dijo que iba a ver, que tal vez leeríamos Hijo de ladrón. Nunca lo concretó. Por eso Hijo de ladrón me marcó, porque lo leí sola y mi vida cambió.*

Este volumen nos ofrece, por fin reunidas, las cuatro novelas que protagoniza Aniceto Hevia, creación y también retrato de Manuel Rojas. La tetralogía, como hemos llamado por años al conjunto, está formada por *Hijo de ladrón* (1951), *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971). Las nombro siguiendo el orden en que fueron escritas y publicadas, aunque el ordenamiento que sigue cronológicamente la vida de Aniceto debe poner *Mejor que el vino* al final, como se hace en esta edición, porque es la que llega hasta más tarde en su biografía.

Cuando envié el primero de estos textos al concurso que la Sociedad de Escritores de Chile había abierto en 1950, el título que Rojas había escogido era *Tiempo irremediable*. La novela no ganó el premio, pero de todos modos la editorial Nascimento la publicó al año siguiente. Enrique Espinoza, que en realidad se llamaba Samuel Glusberg y cuya vida merece un estudio aparte, sugirió el título que lleva hoy, *Hijo de ladrón*. Los sentidos que guardaba el nombre original han quedado sumergidos hasta ahora. De hecho, muchos lectores que conocen bien la obra de Manuel Rojas desde hace años murmuran que, si pudiera editarse la tetralogía en una sola colección, esa colección debería llamarse *Tiempo irremediable*.

Es esto lo que el lector tiene en sus manos. Una apuesta, quizá la mayor apuesta de Manuel Rojas. Cuatro novelas tan importantes para la literatura chilena que es mejor ni siquiera empezar a juntar adjetivos para calificarlas. Lo que intentaré en estas breves páginas es ofrecer algunas pistas o claves que, ojalá, puedan ayudar a su lectura. Ni resúmenes ni interpretaciones. Apenas un puñado de señales que el paso de otros muchos lectores ha dejado en el camino.

EL MONTAJE

Dice un lector: *Historias complejas. Estratos. Varios niveles que, novedoso para entonces, se mantenían flotando y se conectaban.*

El primer hallazgo que hace el lector de *Tiempo irremediable* es que los hechos se le presentan en un orden distinto al cronológico. No es solo que lo descubra cuando se adentra en las novelas, es que el primer párrafo de *Hijo de ladrón* se lo advierte explícitamente: *Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y toma a veces los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada.*

Se ha escrito bastante sobre este gesto audaz de Manuel Rojas, que suele llamarse montaje y que lo conecta con las tendencias contemporáneas de la novela europea y estadounidense. Suele decirse, por ejemplo, que su uso en *Hijo de ladrón* inaugura el relato de inspiración vanguardista en Chile, pero es una apreciación inexacta: hay procedimientos parecidos y más radicales en otros autores —y en él mismo— desde la década del treinta. También se suele decir que justo aquí, en este desorden, se esconde gran parte de la belleza de sus novelas. Como es muy difícil discutir acerca del valor estético de una obra, dejémoslo como un dato con el que se puede o no estar de acuerdo.

Lo que es claro, sin embargo, es que el montaje transmite algunas ideas relevantes. Dice que la mala memoria de Aniceto Hevia está más cerca de su centro vital, que ese aparente caos le es más propio que cualquier forma razonada de recuerdo. Las cuatro novelas de la tetralogía, además, utilizan el procedimiento con un patrón parecido: furiosamente movedizas en un inicio, poco a poco van alcanzando una peripecia más o menos reconocible, de modo que al llegar al final el relato es perfectamente coherente. *Hijo de ladrón* camina hacia el encuentro de Aniceto con Cristián y el Filósofo; *Sombras contra el muro* hacia la disolución del grupo anarquista en el que Aniceto ha pasado varios meses; *La oscura vida radiante* hacia la elección de Arturo Alessandri, la persecución de los disidentes políticos y el fin de un ciclo histórico en Chile, nuestra triste república parlamentaria; *Mejor que el vino* hacia el fracaso del orden familiar al interior del régimen burgués. Es como si el montaje, denso y difícil de seguir al comienzo, fuera cediendo a medida que se avanza, o como si diera cuenta de un problema, de un enigma que la novela debe resolver y cuyo desanudamiento o respuesta se encontrara hacia el final.

Es imposible conocer la experiencia final de Aniceto sin haber pasado por la confusión del montaje, que es la confusión propia de una conciencia humana que recuerda. El lector de la tetralogía lo entiende, y termina soltando sus defensas. Comienza a disfrutar la desmemoria de Aniceto, se sumerge en su imprevisible vaivén.

LA FICCIÓN AUTOBIOGRÁFICA

Dice un lector: *Leí Hijo de ladrón en el Liceo, luego me encontré el libro en la calle con veinte páginas menos. Las copié a máquina y lo completé.*

Otra estrategia que define la tetralogía es que se trata de *ficciones autobiográficas*, es decir, son relatos que los lectores debemos entender al mismo tiempo como si solo ocurrieran en el papel y como recuentos verídicos de la vida de Manuel Rojas. Para que se produzca este efecto es necesario que el autor, sin negar que son novelas, las vincule directamente con su vida. Manuel Rojas lo hizo muy frecuentemente a lo largo de su existencia, en muchas entrevistas y testimonios. Este fragmento de su *Antología autobiográfica*, en que se refiere a *Hijo de ladrón*, es apenas un ejemplo entre muchos: *No todos los personajes habían existido al mismo tiempo, no; habían existido, o existían aún, en Buenos Aires o en Santiago, en Mendoza o en Rosario, en Valparaíso o en Punta Arenas o en otros pueblos y ciudades de Chile y de la Argentina; me escribían desde Concepción o desde Lima, y otros, que yo creía muertos, aparecían, desde el fondo de esa masa, más vivos, más hambrientos, más derrotados que nunca.*

Un lector quisquilloso podría decir, por ejemplo, que en último término todas las novelas se inspiran en la vida de su autor, y que toda ficción es a fin de cuentas autobiográfica. Tal vez tenga razón —y tal vez no—, pero es indudable que Manuel Rojas jugó conscientemente este juego, y desde esa intención es que podemos pensar que se trata de una estrategia. También puede argumentarse en sentido contrario, decir que en el mismo momento en que las novelas las protagoniza Aniceto Hevia y no Manuel Rojas abandonan cualquier obligación de parecerse a la realidad. Es un argumento irrefutable, salvo que, por otro lado, desde el mismo momento en que su autor señala que las cuatro novelas de *Tiempo irremediable* siguen de cerca su vida estamos igualmente autorizados a pensar que de, alguna manera, representan la realidad.

La ficción autobiográfica cumple varias funciones en estas novelas. Garantiza, en primer lugar, que todo lo que se nos cuenta viene avalado por la experiencia vivida. El mundo de los ladrones y los

policías, el mundo del anarquismo, la gente de teatro, en fin, todos los paisajes, prácticas y personas tienen un sello de autenticidad. Garantiza, por otro lado, la integridad artística de la obra, porque nada de lo que se nos cuenta está aquí por obligación referencial o histórica. La novela sigue siendo un producto de la imaginación que recuerda.

También establece un dato muy importante para la lectura: siempre habrá al menos dos Anicetos —dos Rojas— que nos hablan en el texto. Uno es el Aniceto joven, el que llega a Chile con dieciséis años en *Hijo de ladrón* y alcanza casi los cuarenta en *Mejor que el vino*. Es el Aniceto que vive los hechos que se narran. El otro es el hombre maduro que escribe, que recuerda, que evalúa. Es el Aniceto o el Manuel que ha decidido, con casi cincuenta años, que vale la pena recordar su juventud, el que selecciona los episodios, el que recoge la experiencia que el joven apenas puede registrar. Nunca se encuentran, en ninguna de las cuatro novelas. Nunca, tampoco, dejan de acompañarse.

LOS PROTAGONISTAS

Dice un lector: *Mi mamá, fuente de todas mis lecturas importantes: Punta de rieles, Hijo de ladrón, Lanchas en la bahía. Leídos a los diez años, releídos siempre. Tenía que atravesar Santiago todos los días para ir al colegio en la época en que en el centro todavía vendían leche. En el Portal Fernández Concha un vaso de leche me juntaba la literatura con la realidad. Mi madre llegó a tercera de preparatoria y después se tuvo que ir a Santiago a trabajar de empleada, siendo niña. Leía lo que pillaba por ahí.*

Como sea que la historia se cuente, en *Tiempo irremediable* lo más importante siguen siendo las personas, y conviene reparar brevemente en el modo que utiliza Manuel Rojas para representarlas. Buen lector de la narrativa nacional —en 1965 publica una *Historia breve de la literatura chilena*—, sabe muy bien que la pintura de los chilenos tiene un alto interés político, y por lo mismo propone un procedimiento artístico de gran precisión.

A un mismo sujeto, un hombre joven y sin herencia, por ejemplo, alguien que debe trabajar con sus manos para comer, le caben varias etiquetas según quién lo describa, cada una con sus propias connotaciones: *roto*, *hombrecito*, *proletario*, *compañero*, *trabajador*. De una manera tan hábil que uno solo se da cuenta más tarde, cuando ya las leyó, las novelas de Aniceto Hevia evitan todas estas categorías. ¿Son Aniceto y sus amigos unos rotos como lo es, por ejemplo, el Esmeraldo de la novela de Joaquín Edwards Bello? De ninguna manera: son jóvenes intelectuales, pobres de solemnidad, abstemios varios de ellos, orgullosamente letrados, pero no rotos. ¿Se parecen a los proletarios de Nicomedes Guzmán, esos hombres y mujeres cuyas alegrías y miserias han sido labradas por el trabajo asalariado, por el sindicato y la lucha contra una empresa o contra el capital? Para nada: trabajan, sí, pero a su aire y por su cuenta, de un lado a otro del país, sin establecerse o detenerse nunca.

Aniceto, sus amigos y varias de las almas que vagan por estas novelas son sujetos inclasificables, pintados a propósito para serlo. Son indigentes como el Filósofo Echeverría y Cristián Ardiles, que viven de recoger gramos de metal en la playa, hacia el final de *Hijo de ladrón*; semi-indigentes como el Chambeco, que mendiga “institucionalmente” para la Olla del Pobre en *La oscura vida radiante*; vagabundos como el hombre de las tortugas de *Hijo de ladrón*; miembros del hampa como Alberto, de *Sombras contra el muro*; obreros manuales como Francisco Cabrera, en *Mejor que el vino*; obreros calificados como Aniceto en su función de linotipista; un loco, un ladrón ideológico y anarquista como Miguel Briones; un asesino incomprendido o difícil de comprender como Efraín Plaza Olmedo, estos tres de *La oscura vida radiante*. Sujetos que viven por fuera de cualquier institucionalidad social, aunque eso no significa que se organicen como resistencia política formal o que correspondan a la caricatura del marginal que las élites imaginan cuando se menciona esa palabra. Más bien dramatizan la imposibilidad y la inutilidad de etiquetar a los seres humanos con esas categorías, y al mismo tiempo las muchas ventajas que posee inhibirse de hacerlo.

Es una técnica sutil que tiene importantes consecuencias políticas. La afirmación de una identidad sólida y cerrada, como lo hace

la cultura proletaria, permite la identificación, la reunión y la articulación de muchos en torno a la lucha por los derechos y la justicia: es la apuesta de un Nicomedes Guzmán, por ejemplo. La representación de las identidades marginales en la forma de sujetos móviles y únicos, sujetos que no se dejan definir fácilmente —es lo que propone esta tetralogía— gana en libertad y en humanidad lo que pierde en influencia política directa.

Es muy probable que esta intuición esté vinculada con el anarquismo del joven Manuel Rojas. Coincide también con el descubrimiento de las vanguardias artísticas, reacias a las identidades sólidas y pesadas. Puede que también explique las lecturas que buscan en Aniceto una verdad universal, un representante de la condición humana básica, sin determinaciones de ninguna índole. Se puede subir a esas alturas, claro, pero convendría no perder de vista que estos hombres y mujeres se sacuden las etiquetas porque quieren realizar, precisamente, una acción política, porque ser etiquetados como rotos o como vagabundos los incomoda y a veces los violenta.

LA FORMACIÓN DE ANICETO HEVIA

Dice un lector: *En cuarto medio un compañero me regaló Hijo de ladrón jugando al amigo secreto. “Esta hueá te va a gustar a vos, comunacho”. Ese verano lo leí y me voló la cabeza. Y fue puro azar que nos topáramos: lo habían echado de otro colegio por ser un desastre como estudiante.*

Pocos lectores han intentado pensar *Tiempo irremediable* como un conjunto. Se ha hecho difícil hacerlo, en primer lugar, porque hasta hace muy poco no contábamos con una edición unitaria que dispusiera las cuatro novelas, como podemos leerlas ahora. Y mucho colaboró a esta demora el largo silencio de la dictadura, años en que era difícil publicar textos que dialogaban estrechamente con sus contextos políticos, como *Sombras contra el muro* y *La oscura vida radiante*.

Grínor Rojo es autor de una de esas pocas lecturas panorámicas, y tiene la ventaja adicional de ser muy reciente. Propone que leamos

la tetralogía como una novela de formación (la palabra alemana para este género es *Bildungsroman*), es decir, fijándonos en el crecimiento de Aniceto desde su precoz adolescencia hasta su madurez. En las novelas de formación clásicas la madurez se define por la integración del joven o la muchacha a una sociedad que los acoge, y eso significa que el joven o la muchacha deben aceptar y hacer suyos los valores de esa sociedad. En el caso de *Tiempo irremediable*, en cambio, Aniceto no acepta ni valida los valores del Chile de las décadas del diez y del veinte, y más bien se rebela ante ellos. Es una “contra *Bildungsroman*”, un relato que aboga no por la sociedad tal como es sino por una comunidad libre que, en palabras de Rojo, “se moviliza por carriles cuya localización se encuentra en los extramuros del sistema, que es distinta y opuesta a cualquiera de las que éste preconiza y enseña”¹.

Cada una de las novelas encarna de un modo distinto su rechazo al sistema y su propuesta utópica. Cada novela, podríamos decir también, hace sus propias preguntas y llega a sus propias respuestas. Sin ánimo de agotar lo inagotable, es posible mencionar algunos temas fundamentales para cada una de ellas.

En *Hijo de ladrón* se explora cómo se forman los vínculos entre las personas. Aniceto va descartando algunas variedades de convivencia que le parecen difíciles —la familia normal o normalizada, por ejemplo, de la que es expulsado siendo muy niño— y otras que, al serle impuestas desde arriba, oprimen su libertad, como la nación o la ciudadanía que el Estado chileno no quiere reconocerle. Hacia el final, ese final entrañable en la caleta El Membrillo de Valparaíso, logra entender que es posible una vinculación horizontal que lo reconozca en su humanidad. *Mejor que el vino* sondea la adultez de Aniceto, sus intentos de formar una familia burguesa, pero se ocupa sobre todo de su formación sentimental. Muy lejos de los estereotipos que norman la masculinidad chilena o latinoamericana, Aniceto reconoce que sus urgencias sexuales requieren la intimidad

1 Esta lectura aparece en el artículo de Grínor Rojo llamado “La contra *Bildungsroman* de Manuel Rojas”. Es una entrada muy penetrante y muy bien documentada. Se encuentra en su libro *Las novelas de formación chilenas. Bildungsroman y contrabildungsroman*. Santiago. Sangría, 2014.

de la pareja, y enfrentará las dificultades que implica esa opción. *Sombras contra el muro* medita largamente sobre la violencia y la desigualdad. Es una novela rabiosamente urgente, me parece, porque esos años de la década del diez del siglo XX se parecen mucho a los de hoy, revueltos y esperanzados. Aniceto es parte de uno de los varios grupos anarquistas de la época, y desde ahí explora las terribles desigualdades del sistema social partiendo por la misma cárcel, eterna amenaza que le cae simplemente por ser joven, pobre y caminar por la calle. ¿Es legítimo ejercer la violencia para superar la desigualdad? Por ahí van los tiros de su reflexión. *La oscura vida radiante* pone en una amplia perspectiva todos estos dilemas. Es la historia la que interpela a Aniceto ahora, la historia de Chile y también la historia de los abusos y los desheredados. Poco a poco entra en circuitos más formalizados, como algunos diarios en los que ejerce de linotipista, o la compañía de teatro en la que trabaja como apuntador. El aire enrarecido de la elección presidencial de 1920, la que elegirá a Arturo Alessandri, hace entrar en la novela al conjunto de los chilenos de un modo que no lo hace en las novelas anteriores. Y no, ni Aniceto ni Rojas le creerán a la demagogia del León de Tarapacá.

EL TIEMPO IRREMEDIABLE

Dice un lector: *Ayer preguntabas por lo que recordábamos de la lectura de Hijo de ladrón, de Manuel Rojas: los granos de azúcar brillando sobre el pan con mantequilla.*

Llamar a la tetralogía de Aniceto Hevia *Tiempo irremediable* no es simplemente un homenaje al título que debió tener la primera de sus novelas. Tiene que ver con el sentido más profundo de un proyecto literario rico y complejo, uno de los proyectos literarios fundamentales del siglo XX chileno. Quizá unas pocas sumas y restas permitan verlo con claridad.

Manuel Rojas dedica más de veinte años de su vida a relatar la historia de Aniceto Hevia, desde 1951 a 1971, eso sin contar los doce que, según señala él mismo, demoró en escribir *Hijo de ladrón*. Esos

años dejan cuatro novelas que en una edición estándar suman más de dos mil páginas. Todo ese tiempo, todas esas palabras se utilizan para contar un período muy breve de la vida de Aniceto, o de Manuel. Básicamente los ocho años que van desde su llegada a Santiago, en 1912, al inicio de *Hijo de ladrón*, hasta el año 1920, cuando acaba *La oscura vida radiante*, entre sus dieciséis y veinticuatro años. *Mejor que el vino* alarga este período hasta la década de los cuarenta, y nos presenta ya a un Aniceto adulto y con hijos, incluso un Aniceto que ha enviudado. Es una especie de desvío hacia delante, y requiere todavía de alguna reflexión y esclarecimiento. Lo cierto es que *Sombras contra el muro* y sobre todo *La oscura vida radiante* parecen “rellenar” lo que falta, de modo que el foco queda puesto en esos pocos años de Manuel Rojas y de Aniceto Hevia, concentrado en recordar y recoger sus experiencias de juventud.

Es como si Rojas hubiera dedicado la primera parte de su vida a la experimentación muda, a la experiencia sin literatura, y como si la segunda parte de su vida, la más larga y solitaria, estuviera destinada a la rememoración o bien a la comprensión de la primera. Se abre una especie de tajo, una hendidura entre la breve vida del muchacho, dispuesta a los encuentros fortuitos y al azar, una vida en la que no cabe la escritura, y la vida larga, cerrada y muda del escritor. ¿Cómo entender esa separación?

En una conferencia del año 2010 Jaime Concha decía que la “llamarada anarquista”, los años que van entre 1912 y 1920, fueron para Rojas el momento de la esperanza y la expresión de la utopía. El Aniceto viejo y memorioso y el Manuel que escribe la tetralogía percibirían la entera historia de Chile entre los períodos de Alessandri y Allende como la mortificación de la utopía, como la confirmación de que su reinado no es posible en este mundo. Rojas habría buscado recuperar un tiempo irremediabilmente perdido, entonces, el tiempo de su esperanza².

2 El hermoso artículo de Jaime Concha se llama “El otro tiempo perdido” y trata también sobre las cuatro novelas de la tetralogía. Se encuentra en su libro *Leer a contraluz. Estudios de narrativa chilena: de Blest Gana a Varas y Bolaño*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2011.

Es una lectura enorme y estremecedora. Mi propia esperanza, con todo, es que no sea enteramente correcta. En la obra de Manuel Rojas hay todavía mucho combustible de futuro, y esta reciente resurrección solo puede corroborar que, junto al desengaño y la incertidumbre, su vida y sus libros tienen fe en lo que los hombres y las mujeres pueden llegar a construir.

Ignacio Álvares.